

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES. PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Septiembre de 1933

Núm. 101

Enrique Molina

## EL LICEO Y LA FORMACION DE LA ELITE

**E**L año actual y también el año último han sido excepcionalmente pródigos en críticas a la educación secundaria. Se ha repetido que las varias reformas ensayadas por gobiernos anteriores la habrían dislocado y dejado poco menos que reducida a escombros. Hubo sin duda precipitación en los que concibieron esas reformas y falta de preparación y de tino en muchos de los encargados de llevarlas a efecto. Pero seguramente se ha exagerado el mal que ellas han hecho. Por lo menos del Liceo de Concepción, que me toca conocer de cerca, cabe decir que ha sorteado las tormentas como buen buque marinerero. En las mares más gruesas que ha debido sufrir, allá por 1928, ha dado únicamente pequeños vaivenes. La disciplina y buena voluntad del personal han sabido mantener a bordo de la nave el orden y la regularidad de las fecundas tareas diarias. Me imagino que tal debe haber sido el caso en muchos otros liceos de hombres y de niñas.

Una de las críticas ha sido motivada por el crecido número de fracasados que habría habido en el último período de exámenes. Entre los antecedentes de este hecho se deben señalar sin duda deficiencias, inconexiones y recargo de materia de los programas, y que el

régimen de los exámenes y las reglas de promoción sean defectuosos. Además habría que agregar tal vez, aunque en pequeña proporción, procedimientos poco justicieros de uno que otro de los profesores, flojedad de éstos en el manejo de sus clases e inasistencias también a ellas. Pero no se ha visto que tales fracasos han podido resultar asimismo de un motivo tan plausible como ha sido el reclamo de mayor estrictez para dar el pasaporte de ingreso a las universidades, actitud que ha coincidido con la de un fuerte sector de opinión que, alarmada por los extraños desvaríos de que diera muestra gran parte de la juventud estudiantil metropolitana y alguna de otras ciudades, ha pedido mayor severidad en todas las pruebas y medios que pudieran conducir a un afianzamiento del carácter y a una mejor orientación espiritual de los jóvenes.

¿Por qué las instituciones educacionales estarán sujetas en nuestro país a continuas críticas y a ser objeto de un frecuente descontento? Me parece que esto resulta de que a los establecimientos educacionales se les pide que nos capaciten para resolver todos nuestros problemas y la magnitud de éstos rebalsa el poder de los medios de que disponen los institutos docentes. Querriamos salir de nuestras legendarias pobrezaas y de nuestro atraso industrial y económico y nos lamentamos de que no se forme una juventud que lo consiga pronto. Querriamos que nuestro civismo fuera ejemplar y nos quejamos de las flaquezas que se observan en esta materia. Los padres se duelen, a menudo, de que sus hijos no empiecen a ganar dinero desde que salen del Liceo y no ven que si el Liceo les proporciona una amplia ilustración general y, sobre todo, les forma sólidamente el carácter, constituye esta educación una de las mejores preparaciones para entrar a luchar por la vida aunque no dé resultados de inmediato. Estos resultados dependerán de las circunstancias y de las aptitudes especialmente técnicas que el joven pueda

adquirir después de ser licenciado del Liceo. Cada individuo no ve la complejidad de los problemas en su total integridad ni la parte de responsabilidad que pueda corresponderle por lo que pasa. Criticamos a la educación como criticamos a los gobiernos porque no apartan todas las dificultades de nuestro camino y no hacen lo que muchas veces debiéramos hacer nosotros mismos. Somos individualistas en un sentido negativo: fáciles, para la crítica y difíciles para la cooperación; pero no en un sentido positivo que dispone la voluntad a gastar el máximo esfuerzo en la solución de los propios problemas y en los de la colectividad.

¿No son acaso los descontentos y amargados hombres superiores? Sí, a condición de que tengan genio. De lo contrario, aun con mucho talento, como la amargura o la maldad les embota el carácter para el bien, no llegan más allá de ser infelices, abúlicos o nocivos, sin superioridad alguna.

No pienso decir que nuestros sistemas educacionales no puedan dar lugar a fundados reparos. Mi anterior observación psicológica y las críticas a la educación encuentran sitio para coexistir perfectamente. Las críticas mismas son una muestra de las esperanzas que se fundan en la obra educadora. Durante los últimos años, después de la gran guerra, las organizaciones docentes han sido sometidas a una revisión continua, a un hacer, deshacer y rehacer incesantes. Si estos tanteos significan desorientación son a la vez signos de vitalidad. La Rusia soviética, la Italia fascista y la España republicana han buscado en la reorganización de la escuela y en su difusión el afianzamiento de sus nuevas instituciones. Las democracias tradicionales no pueden dejar de hacer otro tanto si quieren asegurar su existencia y su porvenir. Es claro que los ejercicios de la fuerza, los atentados contra el poder constituido, los motines, los golpes de Estado, tienen que ser repelidos y dominados por la fuerza. Pero las construc-

ciones definitivas exigen más que el dominio del puño y de las armas.

Una república democrática, cuyo edificio institucional descansa en la voluntad de la mayoría ciudadana, y que debe estimar la revolución como una calamidad, tiene que abrirse por medio de la intensa y adecuada educación de sus hijos los caminos del progreso.

\* \* \*

Lo dicho nos ha puesto ante el problema de las finalidades que es dado señalar a la educación en general y particularmente al liceo, o aun, ante el de si es posible siquiera pensar en finalidad alguna fuera del desarrollo espontáneo de los educandos.

Se manifiesta una acentuada oposición entre los reformadores teóricos de la educación y los que tienen las responsabilidades prácticas de la enseñanza y de la administración de institutos docentes. Los primeros encarecen la necesidad de respetar la espontaneidad del niño, fundándose en los dictados de la biología y en los sagrados fueros de la vida. Estos llegan a decir que al niño, por lo menos hasta los doce años, hay que dejarlo expandirse sin freno como un pequeño salvaje. Algo se supo en Chile de los dislates de esta escuela hace cinco años. Los segundos preconizan la importancia del orden y de la disciplina, se inspiran en la filosofía social que señala fines y, por las exigencias mismas de los empleos que desempeñan, tienen que preocuparse de la preparación de los alumnos para el porvenir y para su ingreso a la universidad.

No todos los reformadores han sido meros teóricos sin embargo. Dewey, Kerschensteiner, Decroly, Claparède han tenido a su cargo tareas prácticas de educación en escuelas llamadas ya escuela activa, escuela nueva, escuela del trabajo; pero es menester agregar

que no han prescindido del orden sin el cual no es posible llevar a cabo ningún trabajo provechoso.

Así se ve que no es difícil tentar una conciliación armoniosa entre las dos tendencias, lo que nos conducirá a hablar de la finalidad última del liceo.

No se deben perder de vista ni un instante la espontaneidad y los intereses del niño para que sus actividades se desarrollen con gusto y eficiencia y el crecimiento de su ser se efectúe integralmente en las mejores condiciones posibles; pero tampoco hay que olvidar cierto orden sin el cual se corre el riesgo de que esa espontaneidad se malgaste de una manera inútil y quién sabe si funesta.

En los primeros años de la escuela se debe dar el mayor margen al juego y a la expansión del niño y a medida que se avance a cursos superiores entendemos que debe estrecharse gradualmente ese margen para ir exigiendo mayor control y dominio de sí mismo de parte del alumno. En la base de esta figura ideal del proceso educativo, en que dejamos la más grande amplitud a los movimientos espontáneos del alma infantil, no falta el orden, y en la cúspide, que marca el ápice de perfección a que debe haber llegado el carácter del joven, tampoco falta la espontaneidad. Se hallará solo regida por la disciplina necesaria para que sea más fructífera.

Se ha repetido muchas veces el dicho de Lenin según el cual la revolución haría que hasta su cocinera tuviera capacidad política para dirigir el Estado. Esta cuchufleta oratoria ha querido ciertamente demostrar la más completa adhesión del apóstol bolchevique a las clases inferiores y la voluntad de regenerarlas. Pero de una buena intención no ha podido pasar. Los Estados necesitan de hombres especialmente preparados y de carácter superior para su dirección. A la enseñanza secundaria, completada por la universidad, corresponde la formación de esta *élite*. Quiero decir la formación

sistemática porque bien puede ocurrir que por excepción haya hombres de cualidades eminentes formados en establecimientos de otra índole. Cualquiera que sea la orientación predominante que se señale a la educación secundaria, el delta de este río es la *élite*. Ahí llegan los liceos franceses con el esmero puesto en una sólida preparación intelectual que los distingue y ahí también llegan los institutos ingleses con la preferencia que dan a la educación del carácter.

La tarea de la formación de una *élite* tiene que ser ante todo función educadora, y ¿hasta qué punto se puede educar en nuestro liceo? En realidad no faltan estorbos para ello. En un país tan centralizado como el nuestro, los planes de estudio, los programas y multitud de detalles reglamentarios llegan minuciosamente ordenados desde las direcciones generales. Parece que no se deseara dejar nada por discurrir, y, sometién-dose los profesores con frecuencia mecánicamente a lo que se prescribe, el tiempo resulta estrecho para embutir más y más conocimientos en las cabezas a menudo refractarias de los muchachos.

Sin embargo, qué espléndido campo queda todavía para el educador, para el educador de verdad. Infundir alma y vida a las hojas muertas de esos programas, recortándoles, si es preciso, en un bello gesto de olvido de la burocracia, cuanto tengan de demasiado frondoso. Hacer de los términos profesor, alumno y materia de estudio, no tres cosas que se topan sin entenderse, sino un trinomio vivo, animado por el amor, de manera que en lo posible no se enseñe nada que no corresponda a un real interés existente en el alma del niño. O más bien, que cuanto el niño aprenda sea, hasta donde se pueda conseguir, impresión grata dejada en su espíritu por su propia actividad espontánea. Y, cuando este ideal no se alcance, ver modo de presentar con interés aun los asuntos más secos y difíciles.

Pero los requerimientos de la enseñanza universita-

ria obligan a subministrar a los alumnos del liceo cierto caudal de conocimientos con mayor rapidez de la que permite la estricta aplicación de los métodos activos preconizados por los reformadores. De manera que en la práctica de la educación secundaria no se puede evitar por completo la comunicación directa del profesor al alumno ni que ella tenga cierto carácter libresco. Los profesores universitarios no se cansan de lamentarse de la ignorancia de los alumnos que les envían los liceos. Es una dolencia que repiten con cierta complacencia. Los licenciados del liceo no sabrían nada de nada, carecerían de la capacidad para discurrir lógicamente y no estarían maduros para ingresar a la universidad. Con lo que se plantea la interrogación de si la solución del problema de la enseñanza secundaria no estará en prolongar por uno o dos años más el curso de las humanidades antes que atiborrar en los seis años que éstas duran la mente de los jóvenes con conocimientos que se asimilan mal y se desvanecen fácilmente.

De toda suerte, cualesquiera que sean las condiciones que se nos ofrezcan, no nos es dado apartar nuestra atención de la formación de la *élite*. Es ésta una cuestión vital para nuestra democracia como para cualquiera otra. Por lo mismo que es vital no hay en ella nada de artificial o artificioso. Se nos presenta, al contrario, como un resultado natural, como el desarrollo lógico de un proceso que concurren a realizar fuerzas orgánicas y vivas, como ser: las necesidades de la democracia, que acabamos de mencionar, la categoría que alcanza la juventud graduada al final de las humanidades, y los principios mismos que deben inspirar la educación moral y la formación del carácter de los hombres.

Los jóvenes de cursos superiores de la enseñanza secundaria son privilegiados. Gozan del privilegio de haber recibido la más alta educación general. Son los únicos que estudian *humanidades*, el más noble y her-

moso término inventado para designar una rama de la educación, término de gran contenido que no puede implicar únicamente cierta suma de conocimientos. Desde el Renacimiento y hasta el siglo XVIII comprendieron sobre todo el estudio de las lenguas y literaturas griega y latina, luego también el hebreo y su poco de historia y de matemáticas. En los tiempos modernos se introdujeron las ciencias físicas y naturales, las lenguas vivas y se acentuó la importancia dada a la lengua patria, a la historia y a las matemáticas. No olvidemos las escasas nociones de filosofía que también se enseñan y las de educación cívica. Opiniones autorizadas echan aún de menos en las humanidades el estudio de la sociología. Agreguemos todavía el lugar que se ha conservado a la religión y el que se ha dado a la gimnasia, al dibujo, al canto y a los trabajos manuales. Con esta invasión de nuevos ramos impuestos por los progresos de las ciencias y las exigencias de la vida contemporánea el latín y el griego han perdido el valor esencial que antes tuvieran. En algunos países han mantenido su valor como indispensables para la formación de los hombres de letras, de ciencias, y de ciertas clases de profesionales liberales. En Francia y Bélgica predomina el concepto de que la *élite* la integran principalmente los jóvenes que han seguido los cursos en lenguas clásicas. Entre nosotros han sido suprimidas de todos nuestros planes de estudio y con ello se ha ido tal vez demasiado lejos.

Pero pienso, no obstante, que bajo esta variedad de contenidos, unas y otras humanidades tienen un mismo espíritu y persiguen fines análogos, a los cuales se llega por distintos caminos. Si no fuera así no merecerían llevar su glorioso nombre. Estos fines son nada menos que poner en el alma del joven puntos esenciales donde se afirmen conceptos acertados acerca del mundo y la existencia y donde arraiguen la comprensión y estimación de lo humano y un sentido ético de la vida.

Me parece que los programas, en medio de la balumba enciclopédica de tantos ramos que forman las humanidades,—no deben perder de vista estas líneas directrices y mantenerse en un plano sereno en que las principales sollicitaciones de los alumnos han de ser el amor a la verdad, al bien, a la belleza, a la justicia. Moviéndose en este ambiente ha de constituir al mismo tiempo un ideal de la educación el desarrollo de la personalidad de los jóvenes y de su originalidad creadora.

La situación de privilegio de los licenciados del liceo, de que hemos hablado, no se halla reñida con las normas de una sociedad igualitaria. Igualdad no quiere decir uniformidad sino igualdad de oportunidades para todos los miembros de la sociedad. Algunos por su talento o por su vigor pueden ir más lejos que otros. Pero el privilegio entraña responsabilidades. Por lo mismo que esos jóvenes deben figurar entre los pocos centenares de los más preparados de la población nacional, tienen la obligación de servir mejor a la sociedad. Es decir, hay que encauzar y aprovechar en un sentido ético y social el privilegio que por la fuerza de las cosas resulta de la selección efectuada en el liceo.

A la educación moral, sistematizando lo que ha venido haciendo la práctica de la enseñanza, corresponde cultivar en el corazón del joven el sentimiento de la suprema estimación del trabajo. Ya hemos observado que haciéndolo agradable es más fácil estimarlo, circunstancia que nunca debe perderse de vista al principio de las labores escolares. Más adelante conviene dejar de lado la busca de lo fácilmente agradable y que la disciplina misma de la voluntad dé lugar a altas satisfacciones para el individuo. Tanta estimación merece el trabajo manual o muscular como el intelectual. Uno y otro se completan. El obrero que vive de la fuerza de su brazo y el que vive de la fuerza de su espíritu son en la sociedad hermanos de una misma clase.

al frente de los que no hacen nada, o viven de medios ilícitos, o de la explotación de los demás.

No faltan tampoco en las colectividades humanas, ni han faltado nunca, situaciones de relumbrón, falsos valores, que no debemos permitir nos engañen. La única ejecutoria de auténtica hidalguía la otorga el trabajo. Si un nombre aristocrático se estima como un antecedente favorable es porque constituye una garantía de rectitud. Al no ser así, al no ser el que lo lleva un hombre laborioso, no pasa el aristócrata de la categoría de parásito social más o menos dañino, según sean los puntos de moralidad que haya alcanzado a salvar en el naufragio de su vida.

Los principios modernos aconsejan que la obra de la educación, para no hacer de ella una labor de gabinete y sin interés, debe llevarse a cabo, en íntimo contacto con la vida social circundante. Veamos el cuadro que ofrece nuestra sociedad. Una colectividad pobre, bastante apartada del resto del mundo, no obstante los prodigiosos medios de comunicación de nuestra época. Por obra de nuestra pobreza y del Control de Cambios cuesta hoy más traer de fuera del país una encomienda de libros que un automóvil hace tres años. Con lo que el aislamiento espiritual de los chilenos,—de vastas consecuencias para su cultura,—se va haciendo cada día más hermético. Una colectividad financieramente quebrada y desprestigiada en el extranjero, persiguiendo su opaca rutina y viendo modo de resolver sus agrios problemas en medio de abrumadoras dificultades, de las cuales dos parecen negras pesadillas diarias. De una parte clases inferiores cuyo espectáculo suele dar ganas de llorar: harapientos, sumidas en la miseria, en la roña y en la podredumbre, degradadas por la escasez y roídas por los vicios y las epidemias. Al lado de esa pobre gente los predicadores de la revolución como sánalotodo: ilusos o ambiciosos que ignoran o pretenden ignorar que la revolución no vendría más

que a aumentar el caos y el mal, según nos lo han enseñado ya costosas experiencias; ilusos o ambiciosos que ignoran que la verdadera elevación del hombre sólo se obtiene por un mejoramiento de su alma de adentro hacia fuera, que la regeneración social sólo se alcanzará gracias a una intensa reconstrucción educadora que un gobierno legítimamente establecido puede poner en marcha sin necesidad de derribar el edificio institucional de la república.

No es mucho más halagador el panorama que ofrece el resto del continente. Una educación más o menos integral en cualquier país hispanoamericano no puede descuidar el cultivo de la solidaridad entre estos pueblos de una misma raza imantados por la historia hacia destinos comunes. Oigamos a Vasconcelos, el valiente escritor y político mejicano, en una alocución dirigida a la juventud de Colombia. «Dudo, dice, de que los jóvenes de hoy se den cuenta plena de la herencia pavorosa que les espera; herencia de esclavitud y deshonra que les hemos estado preparando en casi toda la América. . . hoy que se olvidan el principio y el agravio y el orgullo para proclamar el *entreguismo* que ya va siendo clamor continental. . . Vergüenza heredas de nosotros, oh juventud. Yo, que miro mi continente, quisiera no ser padre en la carne para no dejar una descendencia paria, quisiera no ser padre en el espíritu para no dejar atrás la cobardía que busca las excusas, la mentira que disimula oprobios. En fin, juventud colombiana, que un día me proclamaste maestro: te debo la verdad y te digo que da náuseas el continente. Ven tú si puedes, si logras renegar de tus propios padres; ven con un cubo de agua que lave conciencias, ven con un puño firme que enderece voluntades. Supera nuestros conflictos miserables. Por encima de la disputa dogmática, por encima de las justas reivindicaciones de clases, por encima de las artes y de las ciencias, pon la decisión de unir, de levantar, de orga-

nizar a la raza para la defensa y para la creación. De la derrota, de la opresión, de la miseria, sacan las almas válidas recursos inagotables de salvación. Busca dentro de ti misma, confía en ti misma, haz de todo tu asco un orgullo. Trabaja y paga. Gana sola tu pan: del extranjero, el trueque, nunca el favor; al extranjero, la mano, nunca la voluntad. Sólo una serie de generaciones dedicadas al trabajo rudo, al orgullo, al silencio; sólo una sucesión de hombres viriles podrá contener el oleaje que avasalla».

Mis palabras y las de Vasconcelos no son, es claro, exactas como expresión de la totalidad chilena e hispanoamericana; pero sí lo son en ciertos aspectos. No hay que ver en ellas la manifestación de un irremediable pesimismo. Con ellas he querido sólo poner de relieve lo que urge atender con premura y tesón.

Se hallan también esas palabras plenas de verdad definitiva en cuanto quieren colocar el trabajo en el centro del alma del joven como el núcleo de una constelación de valores del espíritu. Sólo por el rudo trabajo se salvarán estos países, por el trabajo bien organizado en un medio de justicia social y de cooperación entre los individuos y las clases de la colectividad. Amar es dar. Amar a su patria es darle a ella sus actividades y vivir de la elaboración de los recursos que ofrece. Así educación y trabajo se confundirán en un solo proceso y conducirán a la emancipación económica y se podrá pensar en la hora de la primera plenitud de la América Hispana.

Es frecuente creer que hablar de ideales es usar un gastado recurso retórico, que la virtud y el ideal sean armas viejas y mohosas que han perdido la eficacia. Pero no es así. El amor es viejo como la vida y cada amor que florece en un corazón constituye la más espléndida novedad que se conoce. Más si del amor sólo se tienen las palabras y no su esencia divina resulta una comedia embustera, liviana y peligrosa. Los ideales

que de veras arraigan en un alma la entonan con nuevas y puras energías. Lo que hay es que son energías internas y recatadas que prefieren obrar y no exhibirse. Tienen también algo de la quilla, gravitación oculta que mantiene fija la línea de la nave y evita que zozobre. Si cae el trigo en tierra dura que no le abre su seno para recibirlo quedará en el suelo como cualquier guijarro inútil. Aceptado por la tierra bien preparada se convierte en el mejor sustento del hombre. Pero la cosecha del trigo es un despertar anual que exige también ser anualmente preparado. El pecho, en cambio, abierto a los ideales, logra en un perenne estío un sustento espiritual que no se agota. Basta con permanecer fiel a ellos y no negarles el riego del estudio. Se van robusteciendo a sí mismos con los propios actos que inspiran. Y en ese estío, aun el escepticismo y los desengaños, estos enemigos de la entereza del alma, no logran más que enriquecer la mente; no quebrantan la voluntad ni el carácter.

Condición de *élite* es ser movida por valores espirituales. Para lo demás sobra la turba de los adocenados de toda especie.

Cuando la nobleza feudal era eficiente y desempeñaba importantes funciones sociales hasta el siglo XVII, para indicar los imprescindibles deberes a que se hallaba sujeta por sus mismos privilegios, se decía «nobleza obliga». Hace más de cien años que la nobleza cayó; primero fué el olvido o lo innecesario de sus deberes; vino después la abolición de sus privilegios.

Las sociedades contemporáneas destinan ingentes sumas a formar una nueva nobleza, la *élite* de los mejor preparados, nobleza no seleccionada por el color de la sangre sino por los méritos de los talentosos y esforzados sin distinción de clases, por los capaces de subir hasta las últimas gradas del edificio educacional; y ahora se dice «*élite* obliga», obliga a ser intrínsecamente superiores y buenos, a servir a la sociedad y a luchar por su progreso.